

GARCILASO DE LA VEGA (CA.1501-1536)

ÉGLOGAS

I

Al virrey de Nápoles

PERSONAS:

SALICIO,  
NEMOROSO

El dulce lamentar de dos pastores,  
Salicio juntamente y Nemoroso,  
he de contar, sus quejas imitando;  
cuyas ovejas al cantar sabroso  
estaban muy atentas, los amores,  
de pacer olvidadas, escuchando.  
Tú, que ganaste obrando  
un nombre en todo el mundo  
y un grado sin segundo,  
agora estés atento sólo y dado  
al ínclito gobierno del estado  
albano; agora vuelto a la otra parte,  
resplandeciente, armado,  
representando en tierra el fiero Marte;  
agora de cuidados enojosos  
y de negocios libre, por ventura  
andes a caza, el monte fatigando  
en ardiente jinete que apresura  
el curso tras los ciervos temerosos,  
que en vano su morir van dilatando;  
espera, que en tornando  
a ser restituido  
al ocio ya perdido,  
luego verás ejercitar mi pluma  
por la infinita, innumerable suma  
de tus virtudes y famosas obras;  
antes que me consuma,  
faltando a ti, que a todo el mundo sobras.  
En tanto que este tiempo que adivino  
viene a sacarme de la deuda un día,

que se debe a tu fama y a tu gloria;  
que es deuda general, no sólo mía,  
mas de cualquier ingenio peregrino  
que celebra lo digno de memoria,  
el árbol de victoria  
que ciñe estrechamente  
tu gloriosa frente  
dé lugar a la hiedra que se planta  
debajo de tu sombra y se levanta  
poco a poco, arrimada a tus loores;  
y en cuanto esto se canta,  
escucha tú el cantar de mis pastores.  
Saliendo de las ondas encendido,  
rayaba de los montes el altura  
el sol, cuando Salicio, recostado  
al pie de una alta haya, en la verdura  
por donde una agua clara con sonido  
atravesaba el fresco y verde prado,  
él, con canto acordado  
al rumor que sonaba  
del agua que pasaba,  
se quejaba tan dulce y blandamente  
como si no estuviera de allí ausente  
la que de su dolor culpa tenía;  
y así como presente,  
razonando con ella, le decía:

## SALICIO

¡Oh más dura que mármol a mis quejas,  
y al encendido fuego en que me quemo  
más helada que nieve, Galatea!  
Estoy muriendo, y aún la vida temo;  
témola con razón, pues tú me dejas,  
que no hay sin ti el vivir para qué sea.  
Vergüenza he que me vea  
ninguno en tal estado,  
de ti desamparado,  
y de mí mismo yo me corro agora.  
¿De un alma te desdeñas ser señora,  
donde siempre moraste, no pudiendo  
della salir un hora?  
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.  
El sol tiende los rayos de su lumbre  
por montes y por valles, despertando  
las aves y animales y la gente:

cuál por el aire claro va volando,  
cuál por el verde valle o alta cumbre  
paciendo va segura y libremente,  
cuál con el sol presente  
va de nuevo al oficio  
y al usado ejercicio  
do su natura o menester le inclina;  
siempre está en llanto esta ánima mezquina,  
cuando la sombra el mundo va cubriendo,  
o la luz se avecina.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Y tú, desta mi vida ya olvidada,  
sin mostrar un pequeño sentimiento  
de que por ti Salicio triste muera,  
dejas llevar, desconocida, al viento  
el amor y la fe que ser guardada  
eternamente solo a mí debiera.

¡Oh Dios! ¿Por qué siquiera,

pues ves desde tu altura

esta falsa perjura,

causar la muerte de un estrecho amigo

no recibe del cielo algún castigo?

Si en pago del amor yo estoy muriendo,

¿qué hará el enemigo?

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Por ti el silencio de la selva umbrosa,

por ti la esquividad y apartamiento

del solitario monte me agradaba;

por ti la verde hierba, el fresco viento,

el blanco lirio y colorada rosa

y dulce primavera deseaba.

¡Ay, cuánto me engañaba!

¡Ay, cuán diferente era

y cuán de otra manera

lo que en tu falso pecho se escondía!

Bien claro con su voz me lo decía

la siniestra corneja repitiendo

la desventura mía.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¡Cuántas veces, durmiendo en la floresta,

reputándolo yo por desvarío,

vi mi mal entre sueños, desdichado!

Soñaba que en el tiempo del estío

llevaba, por pasar allí la siesta,

a beber en el Tajo mi ganado;

y después de llegado,

sin saber de cuál arte,  
por desusada parte  
y por nuevo camino el agua se iba;  
ardiendo yo con la calor estiva,  
el curso enajenado iba siguiendo  
del agua fugitiva.  
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.  
Tu dulce habla ¿en cuya oreja suena?  
Tus claros ojos ¿a quién los volviste?  
¿Por quién tan sin respeto me trocaste?  
Tu quebrantada fe ¿dó la pusiste?  
¿Cuál es el cuello que, como en cadena,  
de tus hermosos brazos añudaste?  
No hay corazón que baste,  
aunque fuese de piedra,  
viendo mi amada hiedra,  
de mí arrancada, en otro muro asida,  
y mi parra en otro olmo entretejida,  
que no se esté con llanto deshaciendo  
hasta acabar la vida.  
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.  
¿Qué no se esperará de aquí adelante,  
por difícil que sea y por incierto?  
¿O qué discordia no será juntada?  
Y juntamente, ¿qué tendrá por cierto,  
o qué de hoy más no temerá el amante,  
siendo a todo materia por ti dada?  
Cuando tú enajenada  
de mi cuidado fuiste,  
notable causa diste,  
y ejemplo a todos cuantos cubre el cielo,  
que el más seguro tema con recelo  
perder lo que estuviere poseyendo.  
Salid fuera sin duelo,  
salid sin duelo, lágrimas, corriendo.  
Materia diste al mundo de esperanza  
de alcanzar lo imposible y no pensado,  
y de hacer juntar lo diferente,  
dando a quien diste el corazón malvado,  
quitándolo de mí con tal mudanza,  
que siempre sonará de gente en gente.  
La cordera paciente  
con el lobo hambriento  
hará su ayuntamiento,  
y con las simples aves sin rüido  
harán las bravas sierpes ya su nido;

que mayor diferencia comprendo  
de ti al que has escogido.  
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.  
Siempre de nueva leche en el verano  
y en el invierno abundo; en mi majada  
la manteca y el queso está sobrado;  
de mi cantar, pues, yo te vi agradada,  
tanto, que no pudiera el mantüano  
Títiro ser de ti más alabado.  
No soy, pues, bien mirado,  
tan disforme ni feo;  
que aun agora me veo  
en esta agua que corre clara y pura,  
y cierto no trocara mi figura  
con ese que de mí se está riendo;  
¡trocara mi ventura!  
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.  
¿Cómo te vine en tanto menosprecio?  
¿Cómo te fui tan presto aborrecible?  
¿Cómo te faltó en mí el conocimiento?  
Si no tuvieras condición terrible,  
siempre fuera tenido de ti en precio,  
y no viera este triste apartamiento.  
¿No sabes que sin cuento  
buscan en el estío  
mis ovejas el frío  
de la sierra de Cuenca, y el gobierno  
del abrigado Estremo en el invierno?  
Mas ¡qué vale el tener, si derritiendo  
me estoy en llanto eterno!  
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.  
Con mi llorar las piedras enternecen  
su natural dureza y la quebrantan;  
los árboles parece que se inclinan;  
las aves que me escuchan, cuando cantan,  
con diferente voz se condolecen  
y mi morir cantando me adivinan.  
Las fieras que reclinan  
su cuerpo fatigado,  
dejan el sosegado  
sueño por escuchar mi llanto triste.  
Tú sola contra mí te endureciste,  
los ojos aun siquiera no volviendo  
a lo que tú hiciste.  
Salid sin duelo, lágrimas corriendo.  
Mas ya que a socorrer aquí no vienes,

no dejes el lugar que tanto amaste,  
que bien podrás venir de mí segura.  
Yo dejaré el lugar do me dejaste;  
ven si por sólo aquesto te detienes.  
Ves aquí un prado lleno de verdura,  
ves aquí una espesura,  
ves aquí un agua clara,  
en otro tiempo cara,  
a quien de ti con lágrimas me quejo.  
Quizá aquí hallarás, pues yo me alejo,  
al que todo mi bien quitar me puede;  
que pues el bien le dejo,  
no es mucho que el lugar también le quede.  
Aquí dio fin a su cantar Salicio,  
y suspirando en el postrero acento,  
soltó de llanto una profunda vena.  
Queriendo el monte al grave sentimiento  
de aquel dolor en algo ser propicio,  
con la pesada voz retumba y suena.  
La blanda Filomena,  
casi como dolida  
y a compasión movida,  
dulcemente responde al son lloroso.  
Lo que cantó tras esto Nemoroso,  
decidlo vos, Piérides, que tanto  
no puedo yo ni oso,  
que siento enflaquecer mi débil canto.

## NEMOROSO

Corrientes aguas puras, cristalinas,  
árboles que os estáis mirando en ellas,  
verde prado de fresca sombra lleno,  
aves que aquí sembráis vuestras querellas,  
hiedra que por los árboles caminas,  
torciendo el paso por su verde seno;  
yo me vi tan ajeno  
del grave mal que siento,  
que de puro contento  
con vuestra soledad me recreaba,  
donde con dulce sueño reposaba,  
o con el pensamiento discurría  
por donde no hallaba  
sino memorias llenas de alegría.  
Y en este mismo valle, donde agora  
me entristezco y me canso en el reposo,

estuve ya contento y descansado.  
¡Oh bien caduco, vano y presuroso!  
Acuérdome, durmiendo aquí algún hora,  
que, despertando, a Elisa vi a mi lado.  
¡Oh miserable hado!  
¡Oh tela delicada,  
antes de tiempo dada  
a los agudos filos de la muerte!  
Más conveniente fuera aquesta suerte  
a los cansados años de mi vida,  
que es más que el hierro fuerte,  
pues no la ha quebrantado tu partida.  
¿Dó están agora aquellos claros ojos  
que llevaban tras sí, como colgada,  
mi alma, doquier que ellos se volvían?  
¿Dó está la blanca mano delicada,  
llena de vencimiento y despojos  
que de mí mis sentidos le ofrecían?  
Los cabellos que vían  
con gran desprecio el oro  
como a menor tesoro,  
¿adónde están? ¿Adónde el blanco pecho?  
¿Dó la columna que el dorado techo  
con presunción graciosa sostenía?  
Aquesto todo agora ya se encierra,  
por desventura mía,  
en la fría, desierta y dura tierra.  
¿Quién me dijera, Elisa, vida mía,  
cuando en aqueste valle al fresco viento  
andábamos cogiendo tiernas flores,  
que había de ver, con largo apartamiento,  
venir el triste y solitario día  
que diese amargo fin a mis amores?  
El cielo en mis dolores  
cargó la mano tanto,  
que a sempiterno llanto  
y a triste soledad me ha condenado;  
y lo que siento más es verme atado  
a la pesada vida y enojosa,  
solo, desamparado,  
ciego, sin lumbre en cárcel tenebrosa.  
Después que nos dejaste, nunca paxe  
en hartura el ganado ya, ni acude  
el campo al labrador con mano llena.  
No hay bien que en mal no se convierta y mude:  
la mala hierba al trigo ahoga, y nace

en lugar suyo la infelice avena;  
la tierra, que de buena  
gana nos producía  
flores con que solía  
quitar en sólo vellas mil enojos,  
produce agora en cambio estos abrojos,  
ya de rigor de espinas intratable;  
yo hago con mis ojos  
crecer, lloviendo, el fruto miserable.  
Como al partir del sol la sombra crece,  
y en cayendo su rayo se levanta  
la negra escuridad que el mundo cubre,  
de do viene el temor que nos espanta,  
y la medrosa forma en que se ofrece  
aquella que la noche nos encubre  
hasta que el sol descubre  
su luz pura y hermosa;  
tal es la tenebrosa  
noche de tu partir en que he quedado  
de sombra y de temor atormentado,  
hasta que muerte el tiempo determine  
que a ver el deseado  
sol de tu clara vista me encamine.  
Cual suele el ruiseñor con triste canto  
quejarse, entre las hojas escondido,  
del duro labrador que cautamente  
le despojó su caro y dulce nido  
de los tiernos hijuelos entretanto  
que del amado ramo estaba ausente,  
y aquel dolor que siente  
con diferencia tanta  
por la dulce garganta  
despide, que a su canto el aire suena,  
y la callada noche no refrena  
su lamentable oficio y sus querellas,  
trayendo de su pena  
el cielo por testigo y las estrellas;  
desta manera suelto ya la rienda  
a mi dolor, y ansí me quejo en vano  
de la dureza de la muerte airada.  
Ella en mi corazón metió la mano  
y de allí me llevó mi dulce prenda,  
que aquél era su nido y su morada.  
¡Ay, muerte arrebatada!  
Por ti me estoy quejando  
al cielo y enojando

con importuno llanto al mundo todo:  
el desigual dolor no sufre modo.  
No me podrán quitar el dolorido  
sentir, si ya del todo  
primero no me quitan el sentido.  
Tengo una parte aquí de tus cabellos,  
Elisa, envueltos en un blanco paño,  
que nunca de mi seno se me apartan;  
descójolos, y de un dolor tamaño  
enternecerme siento que sobre ellos  
nunca mis ojos de llorar se hartan.  
Sin que de allí se partan,  
con suspiros calientes,  
más que la llama ardientes,  
los enjugo del llanto, y de consuno  
casi los paso y cuento uno a uno;  
juntándolos, con un cordón los ato.  
Tras esto el importuno  
dolor me deja descansar un rato.  
Mas luego a la memoria se me ofrece  
aquella noche tenebrosa, oscura,  
que tanto aflige esta ánima mezquina  
con la memoria de mi desventura.  
Verte presente agora me parece  
en aquel duro trance de Lucina,  
y aquella voz divina,  
con cuyo son y acentos  
a los airados vientos  
pudieras amansar, que agora es muda,  
me parece que oigo que a la cruda,  
inexorable diosa demandabas  
en aquel paso ayuda;  
y tú, rústica diosa, ¿dónde estabas?  
¿Íbate tanto en perseguir las fieras?  
¿Íbate tanto en un pastor dormido?  
¿Cosa pudo bastar a tal crüeza,  
que, conmovida a compasión, oído  
a los votos y lágrimas no dieras,  
por no ver hecha tierra tal belleza,  
o no ver la tristeza  
en que tu Nemoroso  
queda, que su reposo  
era seguir tu oficio, persiguiendo  
las fieras por los montes y ofreciendo  
a tus sagradas aras los despojos?  
¿Y tú, ingrata, riendo

dejas morir mi bien ante mis ojos?  
Divina Elisa, pues agora el cielo  
con inmortales pies pisas y mides,  
y su mudanza ves, estando queda,  
¿por qué de mí te olvidas y no pides  
que se apresure el tiempo en que este velo  
rompa del cuerpo y verme libre pueda,  
y en la tercera rueda,  
contigo mano a mano,  
busquemos otro llano,  
busquemos otros montes y otros ríos,  
otros valles floridos y sombríos,  
donde descansa y siempre pueda verte  
ante los ojos míos,  
sin miedo y sobresalto de perderte?  
Nunca pusieran fin al triste lloro  
los pastores, ni fueran acabadas  
las canciones que solo el monte oía,  
si mirando las nubes coloradas,  
al tramontar del sol bordadas de oro,  
no vieran que era ya pasado el día.  
La sombra se veía  
venir corriendo apriesa  
ya por la falda espesa  
del altísimo monte, y recordando  
ambos como de sueño, y acabando  
el fugitivo sol, de luz escaso,  
su ganado llevando,  
se fueron recogiendo paso a paso.